

EL DIARIO MURCIANO

DIRECCIÓN: CALLE DE VICTORIO, 53. — PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES — NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Relojeria de M. Vera



Platería, 80

PRECIOS SIN COMPETENCIA

			Ptas.
Limpieza de un reloj Roskopf ó Ancora.	id.	1.50	»
Cuerda de un reloj	id.	1.50	»
Eje de volante	id.	3	»
Limpieza de un despertador	id.	1	»
Un cristal para Roskopf ó Ancora.	id.	0.75	»

MARIANO VERA, PLATERIA 80.

NOTA.—Todas las composuras de esta casa se entregan con tarjeta de garantía de **uno á tres años**.
Se empavonan relojes como en fabrica.

AL DIA

¡Qué tristeza!

Ya se han comenzado á ver las *sdbanas* nutridas de capillo, que son conducidas á las fabricas de la Puerta de Castilla.

Antes, de éstas riquezas que acaparan casas extranjeras, quedaba el producto íntegro en nuestra ciudad, hoy van á aumentar los rendimientos fabriles de la vecina República.

Cuando vemos á uno de nuestros huertanos caminando detrás del pacífico animal que sobre sus lomos lleva preciosa carga, se apona el espíritu, pues nos parece que su pesada y tarda marcha envuelve la mas firme protesta porque toleramos salga de entre nosotros la primera materia de industria tan productiva.

En todos los países civilizados se procura conservar y á serles posible engranecer aquellas industrias que son inagotables vóneros de riqueza; en España no tan solo no se procura, si que también parece que nos satisface que vengán los extraños á recoger los cuantiosos beneficios que reportan nuestros productos.

Nada de particular tendria fue causa de lo que decimos anteriormente, la poca, mejor dicho, la ninguna protección que los gobiernos prestan á las diferentes industrias que en otros tiempos se desarrollaban en nuestro país y que hoy desgraciadamente han desaparecido por completo con perjuicio de nuestros intereses en general.

Dos fuentes inagotables de riqueza debieran ser para Murcia

las industrias de la seda y el pimenton, y sin embargo vemos que la primera ha quedado reducida á la cria del gusano y enajenación del capillo que se paga al precio que nos imponen los mercados extranjeros, y la segunda si bien continuamos obteniendo sus beneficios, habremos de confesar que no alcanza el desarrollo y la importancia que podiamos esperar y que en otro país menos sofisticador que el nuestro, se hubiera conseguido llegar á tal estado de engrandecimiento que nos colocara á la altura de los primeros industriales y comerciantes de Europa.

Pero no señor, es mas barato. que nuestros huertanos, después de incesantes afanes, de pevalidades sin cuento, pongan en extrañas manos esos pelacitos de oro, pues no es otra cosa cada capillo, que reunir unos cuantos capitales para dedicarlos á esa productiva industria y ensancharla en forma tal y en tales condiciones, que pudieran imponerse á los que hoy, por nuestra incuria ó falta de iniciativas, tienen supeditados á su voluntad haciéndonos tascar el freno.

No ignoramos que todo cuanto se nos ocurra decir sobre el particular al correr de la pluma, es lo mismo que ladrar á la luna, no ha de dar resultado ninguno; pero aunque así sea, haremos constar que un país donde el espíritu de asociación es cantidad negativa, nunca puede llegar al estado de engrandecimiento que mereco el que como el nuestro cuenta con un cielo incomparable y un suelo perfectísimo.

Triste, tristísimo es, pero hay que confesar que lo espuesto es una verdad innegable: aquí las grandes fortunas, duermen el pesado y tranquilo sueño de la inocencia, y si algún capital se pone en juego, es para darlo al tanto por ciento.

¡Qué tristeza!

EL ROBO DE LOS GALLOS

Regresaban á su pueblo dos mozos, Pedro y Roque, por la carretera que conducía á la ciudad, y pasaron por una posada que junto al camino habia. Llamóles la atención la gresea que se oía en el corral, y trepando uno de ellos por las bardas, que no estaban muy altas, vió que dos gallos estaban peleándose furiosamente, llenos de sangre y con las crestas colgando.

—Sube, Roque, y verás que riña de gallos mas bonita.

Trepó Roque y se colocó junto á su compañero.

—¿Por cual apuestas tú, por el colorado ó por el negro?

—Yo no apuesto por ninguno de los dos; pero te propongo una solución pacífica del conflicto. En la venta no hay nadie, por las señas, pues no se oye el menor ruido y la puerta está cerrada, como ves; estos animalitos se váu á matar, mejor será que les retorizamos el pescu-zo, les damos una muerte dulce y esta noche nos los cenamos con alegría.

—¡Y los vamos á robar!

—¡Qué tonto eres Perico; ahora verás, ven conmigo.

Bajaron al corral y entre los dos, en un abrir y cerrar los ojos, pesaron á los referidos contricantes, les hicieron garrote, se los metieron en las fajas, salvaron las tapias, y piés para qué os quedo.

—Llegaron á casa de Perico, le contaron una bola muy grande á la madre de éste sobre la *adquisición de los gallos*, por que era beata y podía tener algún escrúpulo, y consiguieron fácilmente que se los guiase lo mejor que pudo.

Cenaron opíparamente Roque y Pedro y pasaron una noche alegre, pues bien dijo quién dijo: tripa llena...

A Perico se le atravesó su gallo en la conciencia, y en todas partes veía el camino, la venta, el corral y los gallos.

Llegó la Santa Cuaresma y su madre todos los días machacaba:

—Perico, que tienes que ir á confesarte, que tienes que salir de la obligación como cristiano.

Perico se resistía. Pero la gracia venció, y el buen Perico se fué á la iglesia y se arrodilló

á los piés del señor cura.

—Vamos, Perico, habla, di el pecado más gordo y verás como los otros salen como una seda, porque por el agujero grande pasan las cosas chicas, y por el chico no pueden pasar las grandes.

Perico se desató en un torrente de lágrimas, y el señor cura lo apretó sobre su corazón, y allí vació sus culpas el humilde Perico, empezando por lo de los gallos.

—Bien, hijo mio: tienes que restituir—le dijo el cura.—Tienes que ver á tu compañero; comprás un gallo cada uno, y vais á la venta, pedís perdón al ventero y le devolvéis los gallos, pues solamente bajo esta condición te puedo absolver.

—¿Y si mi amigo no quiere comprar el suyo?

—Tienes que comprar tú los dos y restituirlos.

Así lo prometió el bueno de Perico al señor cura, y éste le dió la absolución.

En cuanto salió Pedro de la iglesia se fué en busca de Roque

—Oye, Roque, sabes que tenemos que devolver aquellos gallos que robamos?

—¿Qué gallos?

—¿Pero ya no te acuerdas de aquellos que se estaban peleando y que mi madre nos guiso porque la engañamos y nos lo cenamos juntos?

—¿Pero quién te ha dicho semejante tontería.

—¡El señor cura que me ha confesado!

—Eres tonto de remate; ya verás como yo me voy á confesar, le cuento la verdad al confesor y no me dice ni manda lo que te ha dicho y mandado á tí.

Fuése Roque á la iglesia y se arrodilló en el confesonario del señor teniente cura.

Empezó su confesión y á poco le dijo:

—Tengo, Padre, que hacerle una *consulta*.

—Di lo que quieras, hijo mio.

—Pues una cosa que nos ocurrió á un amigo y á mí.

—Dilo, hijo mio, no te dé vergüenza, todos somos pecadores.

—Ibamos, padre, por un camino, y pasamos por una venta, y nos encontramos en ella á dos que estaban riñendo muy fieramente.

—¿Y qué hicisteis, hijo mio?

—Pues los separamos como pulinos, padre.

—Hicisteis muy bien ¿y después?

—Pues nos los llevamos con nosotros y cenamos con ellos.

—Así se hace, así nos lo manda Dios, que tengamos caridad con el prójimo. Siempre que te encuentres en semejantes condiciones haz lo mismo y Dios te lo premiará, hijo mio.

—Terminó Roque su confesión. El sacerdote levantó la mano; *De iud...*

Salió Roque de la iglesia y se fué en busca de Pedro.

—Ves, tonto, como á mí lo me ha dicho el señor cura lo que á tí. Me ha dicho que hicimos muy bien, y que siempre que me encuentre en parecidas condiciones que haga lo mismo. La bendita madre de Perico, enterada por éste, compró los gallos, y su hijo cumplió restituyendo.

P. S. P.

LA MARQUESA

DE SQUILACHE

Entre los detalles de las fiestas celebradas en Madrid con motivo del centenario del «*Quijote*», destácase uno que demuestra la simpatía profunda y respetuosa admiración que por la señora marquesa de Squilache, sienten las clases populares de toda España.

Al desfilar los orfeones catalanes, gallegos y castellanos, frente al palacio de la señora marquesa, se hallaba ésta en uno de los balcones, y al verla el señor Landín, director del «*Diario de Pontevedra*», que acompañaba á los orfeones gallegos, dió un viva á la protectora de los pobres, que fué contestado por los orfeonistas, convirtiéndose en una ovación que duro algunos minutos.

El pueblo responde siempre con inmensa gratitud á quienes le amparan y protegen y en este concepto el nombre de la ilustrada dama está en el corazón y en la memoria de los necesitados y de los humildes.

EL DIARIO MURCIANO

Periódico para todos

DIRECTOR: RAMÓN BLANCO

Una peseta al mes en toda España.

Número suelto 5 céntimos.

TARIFA DE ANUNCIOS

Los insertos entre las noticias, á 25 céntimos de peseta línea.

Los permanentes á precios convencionales.

Comunicados, en sección neutral, desde 0.25 pesetas, á cinco pesetas línea.

Anuncios oficiales á 0.25 pesetas línea.

Redacción y administración: Victorio, nú. 53.

